

V. Blasco Ibáñez

El último cristiano

(*El Pueblo*, 19-8-1904; [extracto] «Así no habrá guerras», *El Correo Español* [México] (29-9-1904); *La Patria. Diario de México*, 19-11-1904)

Apasionanse los desocupados y los amigos de sensaciones fuertes, con los mil incidentes de la guerra ruso-japonesa. Yo confieso que en este choque de dos pueblos, no me interesan los esclavos ni los nipones. Entre tantos generales, almirantes, grandes duques, infantes bohemios (como el hijo de don Carlos), reyes y emperadores cubiertos de cruces y bordados, con el sable desnudo, montando briosos corceles o erguidos sobre el puente de un acorazado; el único combatiente que me interesa y me apasiona es un ruso anciano, de ancha frente y luenga barba, que envuelve su cuerpo aristocrático en la pobre blusa del *moujik*, y allá en la soledad de una aldea de las estepas, hace zapatos y, cuando se fatiga con el trabajo corporal, escribe libros.

Antes de veinte años, la humanidad habrá olvidado a Kuropatkin y a Togo, al zar Nicolás II y al misterioso monarca del Mikado; pero transcurrirán siglos sin que los hombres dejen de hablar de Tolstoi; antes bien, el paso del tiempo agrandará y fortalecerá su nombre

Todos esos *rayos de la guerra* pasarán cual rápidos fantasmas de la historia, como pasaron centenares y miles de guerreros, de los cuales ya nadie se acuerda; los que no pasan, los que quedan para siempre en la memoria de la humanidad, son los héroes del bien y de la ciencia, los que quieren convertir al hombre en dios, exaltando cuanto hay en él de bueno, en contraposición con los que pretenden transformarlo en bestia feroz, excitando lo que queda en él de animalidad, como rastro de un origen, enardeciéndolo con las sonoras palabras de *gloria, victoria, patria*, etc.

Tengo ante mis ojos la última obra de Tolstoi, el folleto contra la guerra *Ressaisser vous*, que tanto ruido ha causado en el mundo.

Tolstoi es el último cristiano. La dulce poesía evangélica, sofocada y muerta desde que el cristianismo se convirtió en religión oficial aliada con los Césares, renace en este gran artista.

Hace siglos que agoniza el cristianismo. Ni una sola de sus máximas se cumple en la vida social: ni uno de sus preceptos fraternales

influye en nuestra existencia. Se mantiene la envoltura, pero el alma hace tiempo que se disolvió.

Los poetas han dicho que el cisne antes de morir reúne sus fuerzas y lanza un canto supremo y dulcísimo, último adiós a la vida. Tolstoi es el cisne del cristianismo. La moral evangélica, desconocida y olvidada, que reina de nombre hace veinte siglos y no ha imperado de hecho ni veinticuatro horas, lanza por la boca de Tolstoi su último canto antes de extinguirse.

Lo que inició el hijo de un carpintero de Nazaret, dulce menestral, con delicadezas de poeta que supo extraer lo más consolador del budismo y de la filosofía helénica para alivio de la humanidad, lo acaba con un lamento de desconsuelo ante la barbarie del hombre otro poeta, un ruso que se humilla para ser exaltado, y con las mismas manos que fabrica obras inmortales cose las botas de los humildes.

«Los hombres de clara inteligencia —dice Tolstoi en su último libro— no pueden ignorar que los pretextos de las guerras siempre son tales que no vale la pena de sacrificar por ellos una sola vida humana ni una centésima parte de los medios de existencia que consumen.»

Y al llegar aquí Tolstoi, cita un ejemplo interesante. La guerra de Secesión de los Estados Unidos, la lucha del Norte contra el Sur, tuvo uno de los pretextos más nobles: la libertad de los esclavos negros. Sin embargo, esta guerra costó cien veces más de lo que hubiese costado comprar la libertad de los negros con dinero y pacíficamente.

«Todos saben—continúa Tolstoi— que las guerras provocan en el hombre las pasiones más bajas, las más groseras, depravándolo y embruteciéndolo.

»¿Qué hay que hacer? —dice el gran poeta

»Cada hombre de nuestro tiempo y del mundo cristiano debe decirse: “Antes de ser emperador, soldado, ministro o periodista, yo soy hombre, es decir, un ser enviado por la voluntad superior a un mundo infinito, en el tiempo y en el espacio, para permanecer en él solo un momento y después morir, o lo que es lo mismo, desaparecer”.

»El emperador debe decirse: “Antes de que me hubieran coronado, antes de que me hubieran reconocido como emperador, antes de que me comprometiese a cumplir mis deberes de jefe del Estado, por el hecho solo de que vivo, tenía ya que cumplir otros deberes con la voluntad suprema que me ha enviado al mundo: y estos deberes son

amar a mi semejante, servirlo, proceder con él como yo deseo que procedan conmigo”.

Pero Tolstoi, después de estas hermosas ilusiones, parece volver a la realidad dándose cuenta de que el cristianismo no es más que un fantasma que sobrevive refugiado en la imaginación de unos cuantos poetas.

«Para lograr esto —exclama— es preciso que los que, consciente o inconscientemente, embrutecen al pueblo con las supersticiones eclesiásticas, cesen de hacerlo, y comprendan que en el cristianismo lo que importa y debe ser obligatorio no es el bautismo, ni la comunión, ni los dogmas, etc., sino el amor a Dios y al prójimo, “el no hacer a los otros lo que no quieras para ti”, máxima que vale más que toda la ley y los profetas.»

¡Sublime Tolstoi!... Lo admiro y no creo en él. Me asombra la fe con que intenta resucitar a un muerto, que es el cristianismo, y con esta resurrección imposible salvar a la humanidad.

Este último cristiano pelea solo, completamente solo, sin más auxilio que su talento y su fe. Las masas obreras hace tiempo que volvieron la espalda al cristianismo, viéndolo monopolizado por sus opresores, que explotaron la esperanza del cielo para justificar así las miserias de la tierra. Ellas respetan a Tolstoi, le escuchan, pero no creen en el remedio del cristianismo con su Dios de bondad y de justicia que los poderosos han convertido en una especie de gendarme que está siempre al lado de los fuertes.

Por otro lado, los fanáticos de todas las sectas cristianas, maldicen y excomulgan al último cristiano y rugen contra él, sintiéndose heridas en su amor a la inmovilidad por la audacia de este revolucionario que despoja el cristianismo de los antifaces y adornos eclesiásticos para restituirlo a su antigua y pura desnudez.

El último cristiano está solo, completamente solo. Si puede permitirse audacias como esta última, de maldecir la guerra en un país de absolutismo que se halla comprometido en la lucha, lo debe al respeto que infunde su grandeza intelectual y al carácter de los tiempos.

Un zar de cincuenta años atrás lo hubiese deportado a Siberia. Pero Nicolás II ha estado en París viendo por sí mismo que a pesar de tener en su corte los generales a miles, el único ruso de quien habla Europa es Tolstoi.

Su aislamiento y su fe infunden respeto: pero al mismo tiempo su resurrección del cristianismo para acabar con la guerra hace sonreír.

El cristianismo, apenas triunfó, lo convirtieron los sacerdotes en el aliado de las armas. Su verdadera divinidad no es Jesús, sino el Dios de las batallas, en cuyo honor se canta el *Te Deum* cuando un ejército de cristianos ha degollado a unos cuantos miles de infelices que también eran cristianos. Hasta las procesiones en tiempo de paz marchan seguidas de bayonetas, y no hay fiesta religiosa de importancia en la que no truene el cañón al mismo tiempo que bendice el sacerdote, para que conste que la religión y la guerra marchan juntas y se necesitan una a otra, completándose.

No, el cristianismo no acabará con la guerra como lo sueña el último cristiano. El cristianismo ha muerto.

Quien acabará con la guerra es la revolución social que avanza lenta y arrolladora: el socialismo, la unión internacional de los trabajadores.

Hermoso y conmovedor es cuanto dicta el alma evangélica de Tolstoi, pero más grande y trascendental es lo que acaba de ocurrir en el Congreso de trabajadoras reunido en Ámsterdam. El voto de los asambleístas eligió como vicepresidentes al compañero Plekhanoff, representante de los obreros de Kuala, y al compañero Katayama, representante de los trabajadores del Japón.

El ruso y el japonés, al ocupar la presidencia, se abrazaron fraternalmente, entre una ovación inmensa del público.

—La guerra entre el Japón y Rusia —dijo Katayama— es vergonzosa y solo se hace por el interés de los capitalistas.

—La guerra —contestó Plekhanoff— no es el pueblo ruso quien la ha provocado y llevado a efecto: es su gobierno, que resulta el principal enemigo de la Rusia.

Y ante el abrazo de estos dos hombres, hermanos en el trabajo y la desgracia, que los gobiernos y el capitalismo quieren convertir en enemigos, la asamblea prorrumpió en gritos de ¡abajo la guerra! maldiciendo a los grandes asesinos de profesión que por sus ambiciones particulares mantienen latente su brutalidad humana.

No me forjo ilusiones. La supresión de la guerra será la última etapa de la perfectibilidad humana, y no fácilmente se realizan estas conquistas. Nosotros no lo veremos; tal vez transcurran siglos. Pero los

obraros se asocian y se ilustran en el mundo entero. Hoy las cuatro quintas partes de los trabajadores están en la barbarie. Pero un día llegará en que todos los obreros de Rusia se llamarán Plekhanoff como el del Congreso de Ámsterdam, y todos los del Japón Katayama. Y cuando sus gobiernos les pongan un fusil en las manos para matarse, lo echarán al suelo y abrazándose como hermanos dirán a los gobernantes:

—No queremos pelear, ya que no nos odiamos. Todos somos hombres y bastante sufrimos con la dura necesidad del trabajo. ¿Para qué hemos de conquistar los pobres nuevas tierras? Sabemos que no nos ha da faltar la única que necesitamos: los siete palmos de suelo en el que reposará nuestro cansancio de toda una vida de miseria.

Es perder el tiempo clamar contra la guerra. Hay un medio seguro de acabar con ella: suprimir el soldado raso. El día que todos los trabajadores estén asociados, bastará que los sindicatos obreros digan: «Se acabaron las guerras» para que los gobiernos sofoquen sus ambiciones belicosas.

Si no existiera el soldado, el burro de carga de la guerra, la carne de cañón, no existirían ejércitos ni guerra. Faltando el soldado, nadie puede soñar en ser caudillo.

El día que falten los soldados, ceros insignificantes que dan valor e importancia a la unidad del militar profesional, seguramente que los generales y los oficiales de cada país no se prestarán ellos solos, en medio de la general indiferencia, a hacer la guerra, que hoy nos pintan como una de las pasiones más nobles y justas que siente la humanidad.